NUMERO QUINTO.

LA POESIA EN EL ESTRADO, Y ACADEMIA EN LA VISITA.

SEGUNDA PARTE.

NACE de altivo riſco, humilde fuente,
De la ſed por pequeña deſpreciada,
Y aumentando ſu curſo acelerada,
Con miedo el mar recibe ſu corriente.
La paveſa, que el tacto aun no la ſiente,
Y la viſta dexó por apagada,
Ya con veloz incendio propagada,
Aumenta en llamas el terror luciente.
La roca, que en el golfo reſiſtiendo,
Raſga las olas, que la eſtán chocando,
Se mantiene entre rieſgos padeciendo.
Aſſi en mis ojos nace amor llorando,
Aſſi en mis venas ſe propaga ardiendo,
Y aſſi mi pecho ſe conſerva amando.

De eſta ſuerte expreſsó vno de los circunſtantes la celeridad, con que nace, crece, y ſe conſerva vna amoroſa paſſion. Siguióſe luego el ſuplicar à Don

Lindoro pintasse la agigantada estatura de vna Nariz. No se preciaba este Caballero tanto de Poeta, como de lindo; pero discurriendo que podria industriosamente ocultar la cortedad de su talento, dixo assi:

Erase vn hombre à vna Nariz pegado,
Erase vna Nariz superlativa,
Erase vna Nariz Sayon, y Escriba,
Erase vn pexe espada mui barbado.
Era vn Relox de Sol mal encarado,
Erase vna alquitara pensativa,
Erase vn Elefante boca arriba,
Era Ovidio Nason mas Narizado.
Erase vn Espolon de vna Galera,
Erase vna Piramide de Egipto,
Las doce Tribus de Narices era.
Erase vn Nariscissimo infinito,
Muchissimo Nariz, Nariz tan fiera,
Que en la cara de Anás fuera delito.

No bien habia concluido, quando sin poder suspender el primer movimiento de la colera, al escuchar semejante audacia, le dixe: ¿Es possible, Señor Don Lindoro, que presuma v. m. desairar à vn Concurso tan autorizado, suponiendole capaz de creer repentina produccion de su ingenio vn Soneto, que tal

vez

vez mereció algun cuidado à su Autor Don Francisco de Quevedo, honor de la Poesia Española? Y quando algunos creyessen tan atrevida ficcion, resultaria del aplauso de v. m. nuestro desprecio, pues ninguna de las Poesias, con que hemos manifestado, mas nuestra respetosa obediencia, que el proprio ingenio, tiene presunciones de competir, ni aun con los descuidos de tan elevada fantasia. No es decente referir esse Soneto, sino para repetir con él la nunca suficiente alabanza de su Autor. Con razon discurrirá qualquiera, que al oir esta reprehension, se quedaria el tal Señorito tamaño como vn huevo, sin piular, ni chistar, ni decir esta boca es mia: pues no fue assi; antes poniendose mas empinado, que codo de buen bebedor, me replicó. ¿Y qué? ¿Señor Crítico, quando esto no hubiesse sido vn chiste solamente, sería yo acaso el primero, à quien se le lucisse el trabajo ageno? Ya no se ven sino salteadores de Sonetos, rateros de Letrillas, surcidores de conceptos, y remendones de equivocos. Si hubiesse dia de Juicio para los Poetas, se reconoceria la desnudez de sus Obras, despues de aberse restituido las agudezas à Ovén, las expressiones profundas, y casi incomprensibles à Gongora, los conceptos equivocos à Quevedo, &c. Confiesso, le respondí, que,

con lastima de los inteligentes, se hallan muchos de essos, que el Vulgo cree Poetas, siendo realmente Monos del Parnaso, pues solo la imperfeccion con que remedan las Obras agenas, puede hacer dudar, que son las mismas; pero tambien es cierto, que los poco instruidos creen de esta classe todas las producciones modernas de muchos Ingenios, que ansiosos de aprovechar en la Escuela de tan grandes Maestros, procuran beber su estilo, imitar su locucion, y familiarizarse con la grandeza de sus pensamientos, observando el mayor desvelo en buscar expressiones semejantes à las que admiran. Este loable Sistema califican de hurto sus necios Censores. Las Obras de Don Diego de Torres padecieron la injusta Crítica de ser vna copia substancial de las de Quevedo, y lo mismo se creerá, sin duda, de qualquier Papel, que se adorne con estilo jocoso. Lo cierto es, que la Crítica necessita mas ingenio, reflexîon, y madurez de la que regularmente se emplea en ella, y que muchas veces se pretende dissimular con este pretexto la embidia, y aun la particular aversion, y venganza.

Mas hubiera dicho, pero me vi obligado à suspender el discurso, por no empeñarme en segunda qüestion con el Caballerito, viendo que hacia el mismo caso de quanto yo decia, que vn Avogado

de

do quien tiene pleitos, y no dineros; pues sintiendose con mas falsedades, que vn mal processo, continuó con la referida Doña Liquida sus chanzoncas con este ironico razonamiento. No me parece conveniente, que menospreciemos tanta doctrina como nos franquea la sábia circunspeccion de este ya Academico Concurso; y no siendo suficiente nuestra memoria para retener los diversos assuntos, que con tanta erudicion se han tratado, juzgo por mejor no acumular mas especies, pues su variedad confundiria nuestro entendimiento, sin poder instruirle. Comprendo mui bien, dixo la chiquilla, lo que solicita Usia con todo esse preambulo: Veré si mis Amigas son de mi parecer, y si podemos disponer mejor entretenimiento. Levantóse con la palabra en la boca; habló con algunas Señoritas de su misma edad, proponiendoles si querian jugar à *Ande la Rueda*. Luego convinieron; corrió la palabra, y desampararon la mayor parte de los sitiales, saliendose à otra Pieza algo separada, donde ya las esperaba Don Lindoro, con otros mozalvetes de su proprio humor. Apenas comenzaron el juego, quando vn Amigo mio, llamado Don Prudencio, sugeto de avanzada edad, me separó de donde estaba ocupado con tanto gusto, y dixo: Ven, y admirarás lo que tantas veces

has

has visto, y puede ser, que sola esta te sirva de instruccion, y desengaño. Llevóme à la Sala donde ya las Señoras, y Caballeros estaban alternativamente asidos de las manos, formando vn circulo, y dentro de èl Don Lindoro, con los ojos vendados, y vn cepillo en la mano. ¿Qué te parece de esto? me dixo entonces. No creo, respondí, que sea esta diversion tan loable como la que logravamos antes, y conozco por experiencia propria, quan expuesta es para la juventud semejante interpolacion de sugetos. Aquí se logran repetidos favores de las Damas, sin que les cueste el concederlos vencer aquella repugnancia, con que se franquean à quien no los solicita. Aquí peligra el decoro, pudiendo demostrarse los amorosos deseos mas con las acciones, q̃ con las palabras. El activo, y eficaz lenguage de los ojos, expressa aquellos affectos, que encierra el corazon, y que tal vez, aun vencido aquel primer vergonzoso reparo, no podria manifestar la mas instruida locucion. Aquel que, presumiendo de Cupido, pública la ceguedad con que prefiere este entretenimiento à tantos otros, que sin fatigar su entendimiento podian instruirle, tal vez en lo que parece que busca, no solicita el acierto; pues con él se acabaria su ingeniosa diversion. Confiesso, que con gusto me introdu-

troduciria por eslabon de eſſa cadena, ò centro de eſſe circulo; pero la violenta paſſion, que me inclina, no obſcurece al natural diſcurſo, que me dicta lo veridico, y precave de lo peligroſo. Eſto me parece, Amigo Don Prudencio, y no preſumo engañarme, quando hablo contra el dictamen de mi apetito, y conforme al de mi entendimiento. Bien juzgas, dixo él; pero ſi tu diſcurſo advierte eſtos peligros, ſuperando à las paſſiones, tambien conſiguen eſtas diſminuirle la deformidad de los objetos. Aũ eſtá el daño mas interiorizado de lo que crees, y es mas contingente el rieſgo en eſtas diverſiones. Raro modo ha encontrado el vicio para disfrazarſe con el decente trato. Siempre ſe juzgó lo peligroſo de vna ocaſion por la falta de teſtigos, y aquí la preſencia de tantos no minora el contagio, porque à todos ſe extiende. Deſea, quien logra alguna libertad, que ſean ocultas ſus acciónes, y aquí lo conſigue entre tantos por la ceguedad de todos. Sin que exteriormente ſe vulnera la decencia obra el incendio interior, y es el fuego tanto mas activo, quanto es imperceptible. El miſmo que padece el mal, no le comprende las mas veces, pues, recreado el animo, recibe entre vn amoroſo deleite al mayor enemigo de nueſtra quietud, interiorizandole en el corazon, haſ-

ta

ta concederle su absoluto dominio. Assi se enagena el hombre de su propria voluntad, y por justo castigo de tal locura, no puede recobrarla facilmente, aunque los repetidos desengaños le obliguen à suspirar por ella. Reconoce su esclavitud, quando está tan ligado à la cadena, que incapaz de desecharla, ni aun puede huir, sino con torpes passos, impedidos con el peso de tanto hierro.

Ande la Rueda, dixo Don Lindoro, y al punto se pusieron todos en movimiento circular, hasta que se suspendió à la voz del mismo. Aquí fue ello. Comenzó la tentacion del cepillo; à vno le barrian los vigotes, à otro le agachavan las narices, ajandole à otro la vanidad con zarandearle los bucles. Las Señoritas, para evitar semejantes fracasos, ya se ponian en cuclillas, ya volvian la espalda, y huin el cuerpo à la tentacion, saliendose de la Rueda. Tantas ridiculas posiciones aumentaban el divertimiento. Estaba el Caballero tentador sobando los ocicos de otro, que suspendió la risa, quanto era dable, hasta que obligado de su fuerza, prorumpió en vna carcajada, à modo de estornudo, granizando de babas el cepillo, y aun la cara de quien le tenia, que luego fue à limpiarle en los mofletes de otro. Todo era bulla, y parecia que vnicamente atendian à disfrutar aque-

lla diverſion. ¿Ves la riſa, que cauſan à todos, me dixo Don Prudencio, los deſaciertos de eſſe vendado mozuelo? Pues cree ciertamente, que él ſe burla de los miſmos à quien divierte. El lienzo, que trahe en los ojos, no le impide enteramente diſtinguir los objetos, y tal vez ſe engaña à sí miſmo, quando preſume burlar à los otros con vna fingida ceguedad, ſiendo verdadera la que padece en el miſmo fingimiento. Mirale como mas ſe aproxîma adonde pueda deslizarſe el tacto, que adonde conſiga, por alguna ſeñal exterior, averiguar el ſugeto. Creo que puede hallarſe la innocencia entre eſte bullicio, pero ſiempre con peligro de perderſe. No ſon menos perjuiciales otros muchos juegos, que bien ſabes ſe vſan en eſtas concurrencias; en vnos ſe diſpierta la malicia con equivocas preguntas, y reſpueſtas, como en el de *los Deſpropoſitos*; y en otros ſe da lugar à las ſeñas amoroſas, como en el *de la Sortija*. Alabo la prudencia, con que muchos ſugetos privan à ſus hijos de ſemejantes diverſiones, donde jamás ſe adelanta la virtud, y ſiempre ſe arrieſga. Ven, y concluyamos eſte parenteſis de nueſtra Academia, dexando à los que forman eſſa Rueda, de cuyas vueltas tal vez los deſengañarán las del Mundo, que, aunque loco, predica manifeſtando ſus locuras. Se-

guíle de mala gana, pues à pesar de tan sérias reflexiones me pellizcaba la tentacion, andaba el deleite de buréo, y el apetito de gallo, al ver las chiquillas que eran, vnas pelirúbias, otras ojinegras; todas arrojaban chispas, y despedian rescoldo; su continuo movimiento, fatigandoles la respiracion, daba mayor resalte à su belleza; y finalmente estaban tan coloraditas, petimetras, y adornadas de piochas puestas al descuydo, que llaman *del qui-qui-riqui*, que harian respingar à vn muerto; y solo la gravedad de mi buen viejo, que conocia, y reprehendia con su vista este alboroto de mis passiones, pudo hacer, que desprendiendome de estos retozones afectos, entrasse en la otra Sala, donde proseguia la diversion, glossando vn Caballero la siguiente Quarteta, como se ve.

Yo te quiero, aunque no sè
La razon porque te quiero,
No eres hermosa, y me muero
Por ti, por vn no sè que.

Confiesso yo, que ignorante
Poco de amores comprendo;
Pues el idioma no entiendo
De los ojos, y el semblante:
La ciencia de ser amante

Es

Es verdad, que no estudié;
Y si otras Damas traté,
El methodo no aprendí
De quererlas; pero à ti
Yo te quiero, aunque no sé.
Por disculpar su traicion,
El amor, que es niño, alega;
Y es verdad, pues nunca llega
Al vso de la razon:
Con que hallar de mi aficion
La causa jamás espero;
Y si en mi amor verdadero,
Razon no puedo encontrar,
No será mucho, ignorar
La razon porque te quiero.
Juzgué, con poca cordura,
Que era atractivo incessante
De los yerros de vn Amante
El Imàn de la hermosura:
Pero viendo que es locura,
Por lo mucho que te quiero,
Mudar de opinion espero;
Pues esta no es acertada,
Quando tu, prenda adorada,
No eres hermosa, y me muero.

Yo no alcanzo la razon,
Porque tanto debo amarte;
Solo sé, que eres la parte
Mas tierna del corazon:
Conozco que mi aficion
En vn no sé que fundé;
Con que bien merecerè
La compassion que pretendo,
Quando me ves padeciendo
Por ti, por vn no sé que.

Apenas concluyó, quando vimos vn Personage, que entraba haciendo tan continuas, y profundas reverencias, que parecia andar à gatas, ò querer dar voltetas sobre su cabeza. Trahia vn pedazo de tafetan por sombrero, y apretandole fuertemente entre las manos, le aplicaba al estomago, arqueando los brazos, y al momento agachaba vna cortesia y volvia à enderezarse como si tuviera goznes en los riñones, y resorte al extremo inferior del espinazo. Los bucles de su peinado formaban en *ala* desde las orejas hasta perderse de vista; trahia vna tienda de cintas entre bolsa, y *sufocante*, dexandole este enlutado el pesquezo, y à buenas noches la mitad del gesto; descubria enteramente vna pechera mayor, que valona de Reverendo Abate Romano, y lo desa-

boto-

botonado de la chupa, parecia ventana resgada con cortinage blanco; la espada, con mas borlas, que vn Colegio, estaba puesta de puntillas en el bredicú, como que pretendia esconder su guarnicion debaxo el sobáco; trasluciase lo Parisiense en el vestido, bordado de *Messieurs*, y riveteado de *Madamoiselles*; zarandeabasele sobre el muslo vn manojo de llaves, sellos, bellotas de agua de olor, y otros diges; finalmente las medias eran transparentes, y tanto que por falta de calcetas dexaban traslucir las venas, y tendones, y aun el cutis con sus pelos, y señales. Percibióse, al acercarse à nosotros, vna mezcla de olores fragrantes, que juzgamos trahia el cuerpo embalsamado, y el vestido en infusion de agua odorifera. Sentóse, y poniendo vn muslo sobre otro, comenzò à mecerse en el assiento; sacó vn pañuelo, que parecia sábana de cama Imperial, y sonóse à dos manos, bamboleando la cabeza. Hablaba vn chapurrado de lenguas, fingiendo habersele olvidado la nativa; y dixo, entre otras cosas: *Que à Parì se disponian de diferente maniera los Estrados, aunque à Londres los habia visto con semblante situacion.* Preguntó por las Señoritas, y enterado de su ocupacion, se fue à molestarlas con sus extravagancias. Apenas se ausentó, quando vna Señora comen-

zó

zó à decir las ſiguientes Letrillas.

Pues el Mundo ſin parar
Da mil vueltas noche, y dia,
Y no baſta mi porfia
A poderlo remediar:
Siendo impoſſible eſtorvar,
Que aqueſte daño ſuceda.
Ande la Rueda.

Si el Maridillo pretende
Alabar à ſu Muger,
Como lo hace el Mercader
Con los generos que vende:
Y ſi aquel, que no lo entiende,
En eſte lazo ſe enreda.
Ande la Rueda.

Si bien armado un Baron
Embiſte con cien eſcudos,
Que ſaben perſuadir mudos
Con ſu rhetorico són:
Y ſi hai quien la tentacion
Reſiſte, eſtandoſe queda.
Ande la Rueda.

Que alguna Dama nos cuente,
Que à quien la reſpeta ama,
Siendo aſſi que la tal Dama

Apre-

Aprecia al mas inſolente;
Y que à correjo patente,
Jamás ſe le ponga veda.
Ande la Rueda.
Si al Letrado ſu Muger
Buſca pleitos ſin razon,
Y él, ſiguiendo ſu opinion,
Nos vende ſu parecer:
Si Tomos, que quiſo ver,
En la cabeza ſe queda.
Ande la Rueda.
Si todo hablar, es mentir,
Todo reir, es burlar,
Todo querer, eſtafar,
Y todo amar, es pedir:
Mientras no puedan decir,
Que tal daño me ſuceda.
Ande la Rueda.

En eſto entraron los Pages, aviſando à ſus Señorias, que tenian prontos los Coches, y Criados. Acabóſe el juego, diſſolvióſſe la Academia, ſe barajó el concurſo, y comenzaron los cumplimientos. Eran eſtos tan prolíxos, eſpecialmente entre las Señoritas con tantos abrazos, y cariños, que pareciendome no ſe concluiria en breve rato, tomé la puerta, para ver

ſi con el freſco de la calle conſeguia deſpejar la cabeza, y divertir la imaginativa de tanta variedad de ideas, como le habian ocaſionado los diverſos objetos, que he referido. Caminaba con mas priſa, que Fraile combidado; quando me alcanzaron vnos mocitos, que ſalian diſparados de la miſma caſa, los que me divirtieron con ſu converſacion, que ſe reduxo à criticar quanto habia paſſado en la Viſita. Vnos ſe quexaban de la impertinente vigilancia de las Madres; otros de las mudanzas de las hijas: quien venia gozoſo de haber conſeguido el cariño de vna Dama, y quien, penſativo, lamentaba los zelos, que le cauſaba otro cortejante. Vno habia entre ellos, que feſtejaba à todas, ſin apaſſionarſe à alguna, ſirviendolas à proporcion de los gages; y entre él, y yo nos reimos de los demás, haſta que, llegando el caſo de ſepararnos, continuaron ellos ſu camino, tomando yo el de mi caſa; donde cenando en abreviatura, enſabané luego la perſona, deſeoſo de repoſar, para poder à la mañana ſiguiente ir à cumplir con la acoſtumbrada ceremonia de ſaber ſi habian deſcanſado las Señoras.